

SIXTO SÁNCHEZ LORENZO



EL AMANTE DE LA REINA

María Antonieta, la Revolución francesa, Voltaire, Washington,
Goethe, o Bonaparte... las aventuras de un excepcional participante en
la historia del siglo XVIII. Hans Axel von Fersen.

MK

ePUB



EL AMANTE DE LA REINA

Sixto Sánchez Lorenzo

Es el 20 de junio de 1810, decimonoveno aniversario del intento de fuga de Luis XVI y de María Antonieta. El Gran Mariscal de Suecia, conde Hans Axel von Fersen, está a punto de morir masacrado por el populacho en las calles de Estocolmo, víctima de un complot político. Antes de expirar, las imágenes de su azarosa vida pasan por su mente: desde su viaje iniciático de formación a los catorce años y los primeros amores y amoríos; su amistad con María Antonieta; su viaje a la guerra de independencia norteamericana; la Revolución francesa y cómo organiza la fuga de los reyes abortada en Varennes...

Voltaire, George Washington, Goethe, Haydn, Madame de Staël o Napoleón Bonaparte, son algunos de los personajes que marcaron la experiencia vital de este desconocido personaje histórico. Enfrentado a la certeza del fin, su confesión revela las claves de una época contradictoria, de profundo cambio, y su intimidad nos sumerge en unos tiempos y acontecimientos cruciales para la historia de Europa y del mundo.

ACERCA DEL AUTOR

Sixto Sánchez Lorenzo (Oviedo, 1962) es catedrático de Derecho Internacional Privado de la Universidad de Granada. Ha sido profesor visitante en varias universidades europeas y americanas. Autor de una extensa obra científica, en 2002 publicó un ensayo satírico sobre la Universidad (*De Bestiis Universitatis*, Dykinson). *El amante de la reina* es su primera novela. Actualmente ultima su segunda novela, ambientada en la Francia napoleónica y en la Restauración borbónica.

ACERCA DE LA OBRA

María Antonieta, la Revolución francesa, Voltaire, Washington, Goethe o Bonaparte... Las aventuras de un excepcional participante en la historia del siglo XVIII: Hans Axel von Fersen.

El amante de la reina

Sixto Sánchez Lorenzo

El amante de la reina

Sixto Sánchez Lorenzo

REALIZADO POR MAKANO

MKEPUB

A mi hermana María

I

Al cabo de la vida, y sin saber a ciencia cierta en qué ribera del Aqueronte me encuentro, no soy yo quien escoge las imágenes ni quien domina los relatos. Unas y otros me eligen a mí, sin saber yo con qué razones. Con todo, este leve hilo de conciencia que me separa del óbito me afianza en la creencia de que ni la devoción religiosa ni el temor reverencial son la causa de mi ensoñación, tan seguro como estoy de que mis ojos hinchados y sanguinolentos no volverán a ver. Si alguna certeza tengo en este momento de la verdad es que no hay más verdad que la muerte. Y la muerte como fin y omega, no como principio ni alfa de vida alguna. Lo sé ahora mejor que nadie, porque compruebo al fin qué es morir, y entre la muerte de un hombre y la de una bestia no hay más diferencia que la condición y la especie, aun cuando, como es mi caso, se haya de morir como un perro, sin privilegio alguno, bajo los golpes cobardes de la más vil canalla. Y me creo afortunado de haberlo sospechado siempre. Porque mi tristeza en La Trappe, cuando yo era muy joven y me quedaba todo por vivir, no se compadecía de mi vida galante y acomodada, tan diferente a la de aquellos míseros monjes. No me sentí entonces menos virtuoso que ellos, ni peor. Me desesperé su ignorancia, su sacrificio inútil y absurdo. Nunca defendí que mereciera la pena guardar la vida, pero tampoco regalarla. Yo la viví con intensidad, y si la disfruté con deleite también la expuse con valor y con honor cuantas veces fue menester, porque en ambos casos la gocé por igual, sabiendo cuán hondamente la vivía. Me desesperé en La Trappe la esterilidad de la abnegación, lo infructuoso de tal inmolación. ¡Cuánto más hubiese de admirar, años después, el sacrificio de una mujer que antes que reina supo ser madre, que solo por el delfín arrostró con resignación

santa la tortura y el menosprecio, que subió al cadalso con la misma gracia con que ascendía las escalinatas del palacio de Versalles, y aún se disculpó con un educado «*Pardon, monsieur*» cuando al acercarse a la guillotina pisó por descuido el pie del verdugo! ELLA tenía arrojo más que sobrado para haber subsistido en cualquier celda, en la oscuridad o en el silencio de un sepulcro, para callar como calló, y no alimentarse más que de su orgullo. Y así lo puso de manifiesto al aceptar el tránsito con dignidad mayor que la de sus verdugos cuando les cupo ser víctimas del mismo cadalso. ELLA pudo acreditar su valor sin dejar por eso de vivir apasionadamente y de morir con el mismo talante. Solo lamento no haber tenido igual dignidad, pues, aunque yago ahora a merced de mis asesinos, no hace ni un instante que traté de escapar de sus garras avivando el paso con más diligencia que la que aconsejaba la ocasión y habría complacido a mi padre. No hago honor a mis ancestros, ni lo pretendo. El barón de Hamilton decía que el género humano se divide en tres especies: los Fersen, los franceses... y la chusma. El cumplido hace justicia todo lo más a su amigo, Frédéric-Axel von Fersen, mi padre, pero desde luego a nadie más de la saga y en ningún modo a mí mismo. Creo, empero, que mi vida fue lo suficientemente digna para no acabar de esta forma, bajo los golpes infames y cobardes de esa chusma, y doy por seguro que manera tan indecorosa de expirar habría disgustado al feld-mariscal de Suecia.

Mi padre fue honrado con tan elevado rango cuando yo apenas frisaba los catorce años. Estimaba agotadas la labor pupilar de mi medio hermano ilegítimo, Jacobo Forslund, y la formación militar inicial que me había proporcionado el grado de cabo de caballería. Decidió, pues, enviarme al extranjero para completar mi educación, y mi inminente alejamiento pareció despertar en él una ternura desconocida. Abandonó por unos días su gesto grave y su tempera-

mento taciturno y a menudo iracundo, y manteníamos largas y frecuentes conversaciones. Yo hablaba poco. Mientras paseábamos por los jardines de Blasieholmen, me limitaba a observar su gesto concentrado al elegir las palabras con esfuerzo, como si el desuso se las hubiera escamoteado. Admiraba su empeño por resultar preciso y claro, y apreciaba su voz, serena y queda. Sus consejos se me antojaban más bien confidencias o íntimos secretos que, como el linaje, solo era dable transmitir a los más directos herederos. Sorprendido por la intimidad, no creí atender ni comprender su mensaje, pero hoy podría reproducir todas y cada una de sus palabras: «Os haré recibir una educación digna de vuestro rango. Habéis aprendido a razonar con criterio. Sois tranquilo, reflexivo y discreto; pero para formaros debéis ver países y conocer a los hombres. Visitaréis grandes reinos, estudiaréis arte militar. Aprenderéis el alemán y el italiano».

Parecía escudriñar la arquitectura del Palacio Real, frente a nosotros. Tal vez su antipatía por el rey y, sobre todo, por el príncipe, le sugirió en ese instante cambiar el hilo de su discurso: «Cuando os halléis en Francia, estad atentos a todo lo que se dice y más aún a la forma en que se dice... Me preguntaréis por qué exijo que todo el mundo hable francés bajo mi techo y por qué siempre nos escribimos en esta lengua. Amo a Francia casi tanto como a Suecia. Pasé allí los años más hermosos de mi juventud. ¡Trece años!... Serví trece años en los ejércitos del rey Luis XV y tomé parte junto a sus soldados en la guerra de sucesión de Austria. ¿Debo recordaros que los suecos y los franceses combatieron codo con codo durante la Guerra de los Treinta Años y muchas otras veces bajo el reinado de Luis XIV?... Y, además, vuestra madre, la condesa, descende de una vieja familia del Languedoc».

Y así, con un par de buenos consejos y la bolsa bien provista, comencé el viaje iniciático para mi formación, cuya

primera escala había de ser Lunenburg, adonde llegué a mitad del verano de 1771. En el Krieginstitut Carolinum de Brunswick me aburrí soberanamente durante casi un año de clases de las más variadas disciplinas, desde el clavicordio al alemán, pasando por la historia y el ejercicio de las armas. El tedio, que me guardaba de revelar en la correspondencia con mi padre, apenas se alivió con mi rocambolesca prueba de acceso a la francmasonería de la mano del duque de Brunswick y del príncipe Carlos, que un día llegaría a ser, para mi desgracia, rey de Suecia. Aquel fue el primero de mis encuentros con los *illuminati*. Se me figuró una divertida experiencia; distaba mucho de poder imaginar de qué forma la vida me enfrentaría a muchos de ellos en una guerra sin cuartel que, a la postre, concluiría en el desamparo que ahora padezco, muy cercana ya mi hora. Era entonces muy joven y la vida se presentaba como un libro en blanco. La ceremoniosa aceptación por la logia masónica, cuyos designios sonaban a heroicos compromisos caballerescos, me pareció una suerte de reconocimiento de mi mayoría de edad, de definitivo abandono de la inmadurez infantil.

De cualquier modo, mi estancia en Brunswick se demoró más de lo preciso. El rey Adolfo-Federico daba una cena en el castillo de Estocolmo, dando prueba de su proverbial apetito. Esta vez las raciones de *choucroute*, carne con nabos, bogavante, caviar, arenque ahumado y buñuelos de crema, bien regadas con excelente champaña, lograron indisponer al rey, que se refugió súbitamente en el tocador de la reina para morir diez minutos más tarde en los brazos de mi padre. Gustavo recibió la noticia en la Ópera de París y tardó en asumir su nueva condición y regresar hacia Estocolmo. Yo debía esperarlo y cumplimentarlo en Lunenburg, donde por fin llegó dos meses después de que la gula lo convirtiera en rey de Suecia. Apenas partió para Postdam al objeto de saludar a su tío, el rey de Prusia, Federico II,

abandoné la ciudad con la firme intención de no regresar jamás, pero el hastío me acompañó en mi periplo por las pequeñas y ceremoniosas cortes alemanas y en mi estancia en Estrasburgo, donde hube de proseguir mi formación con nuevos aprendizajes de materias igualmente dispares, como las matemáticas, la caligrafía, el derecho natural o la fortificación.

Tras el verano de 1772, mi viaje por Suiza me depararía muchos más entretenimientos. Admiré la liberalidad de sus costumbres y el cercano trato de las jóvenes damas, que podían hacerse acompañar de caballeros sin la presencia de un solo sirviente, o sencillamente pasear solas. La entrevista con el señor de Voltaire, ya casi octogenario, en su residencia de Fernex —que él había rebautizado como «Ferney»— dejó en mí una honda huella. Nos presentamos en el castillo que había acabado de construir hacía apenas un lustro y donde vivió durante casi los veinte últimos años de su vida, refugiado de una persecución probable en la proximidad de la frontera suiza. Yo había leído con fruición las *Cartas filosóficas* y *Candide* y tengo para mí que no dejé de guiarme por la necesidad de cultivar mi huerto en lugar de buscar El Dorado. Acaso no sea este el mejor de los mundos ni tal vez sea el mejor de los posibles, mas siento la íntima convicción de que no nos cabe otra alternativa que cultivar ese huerto nuestro con la inocencia con que María Antonieta lo hacía en el Petit Trianon... En honor a la verdad, solo hoy he podido llegar a convencerme de ello con la fuerza prestada del recuerdo de Voltaire, pero sin su doblado mérito, al no temer a la Parca Morta cortando el hilo de su vida...

El castillo de Ferney era una construcción notable, que llenaba de orgullo a François Marie Arouet. Sobre unas ruinas góticas había hecho erigir, ajustando cada detalle, su castillo y una iglesia, con la pretensión de que duraran al menos mil años. Siempre los hombres se empeñan en que

sus obras perduren un milenio, y parecen cifrar en tan mágica suma sus ansias de inmortalidad, cuando a cualquier obra humana le sobrarían cien años para lo que es dable vivir. Dudo que Ferney vaya a subsistir mil años, y es una lástima, pues la armonía de sus proporciones era notable, y más aún la vida social del patriarca y benefactor de Ferney, que recibía cotidianamente a los hombres de Estado, artistas y filósofos más prominentes, organizaba funciones en su teatrillo y era anfitrión en sus jardines y en los salones del castillo de magníficos bailes, cenas y veladas, que se prolongaban hasta que las puertas de Ginebra eran abiertas. Cuando llegamos a Ferney, los jardines arbolados señalaban el fin del otoño con tonos rojos, ocre y amarillo pálido. No advertimos de nuestra visita y Voltaire no pudo cumplimentarnos debido a que había tomado un purgante, excusa que al parecer utilizaba cuando no le placía recibir; pero nos citó al día siguiente.

Vestía un hábito escarlata con viejos botones bordados —que pertenecía a su abuelo y que también su padre había llevado—, una vieja peluca, zapatos a la antigua, medias de lana sobre los calzones y una bata raída, y todo ello componía una estampa admirable en su rígida figura. Eran sus ojos bellísimos y comunicativos y su expresión algo burlesca. Charlamos durante unas dos horas que apenas me parecieron minutos. Se interesó por mi familia y, sabiendo que mi origen y mi formación me condenaban aparentemente al servicio de la política y del Estado, nuestra conversación derivó hacia estos derroteros: «Tened cuidado, mi joven amigo —me advirtió con ironía cuando traté de manifestar la nobleza de la dedicación al servicio de la patria para justificar mi destino—, pues quien siente la ardiente ambición de ser edil, tribuno, pretor, cónsul o dictador se esfuerza por pregonar que ama a su patria, pero solo se ama a sí mismo. Cada ciudadano desea estar seguro de poder acostarse por la noche en su casa sin que otro

hombre se arroge el poder de ordenarle que se acueste en otra parte». Pensé que mi padre bien podía suscribir las palabras de Voltaire. «Ser buen patriota —prosiguió— acaso implique desear que tu patria sea más rica y próspera, pero ello es factible únicamente a costa de otro país, de la guerra y del latrocinio. La ruina de la patria ajena, en suma. *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*. Es posible, mi querido y joven Fersen, que no sea patriota quien desea que su patria no sea ni más grande ni más pequeña, ni más rica ni más pobre, pero convendréis conmigo en que este sería el verdadero ciudadano del mundo.» El verdadero ciudadano, cultivando humildemente su huerto de tierra patria, en un mundo que no puede ser el mejor de los posibles porque hay terremotos y patriotas. Ante la muerte aprecio ahora en toda su extensión una sabiduría que entonces solo pude intuir. Pero no me engaño. No tanto mi juventud como mi soberbia fue el óbice que provocó un aprendizaje tan tardío. Mi mera convicción de cultivar el huerto no era suficiente. Para que diera frutos resultaba necesaria una humildad que solo ahora, demasiado tarde, esputando sangre, alcanzo a comprender.

La visita a Ferney fue un feliz presagio de que mi viaje tornaba hacia destinos más placenteros. Y Turín lo confirmó. El año y medio que disfruté de la península italiana fue tal vez el más desenfadado de mi existencia, ajeno a preocupaciones de cualquier índole que no fueran el baile, la música, la equitación, la esgrima o la lectura, acompañado siempre por mi fiel tutor, Bolemany, y de las obligadas enseñanzas en la Real Academia Militar y en la Academia de Medicina. No me inquietaban las convulsiones políticas de aquel tiempo, en que el rey Gustavo dio el golpe que obligó a la Dieta a otorgarle poderes absolutos y una nueva constitución, con el consiguiente disgusto de mi padre, mientras los pedazos de Polonia eran divididos

entre Rusia, Austria y Prusia. Entre tanto yo procuraba disfrutar de la belleza de las jóvenes de Italia y me dediqué a recorrer la historia de tan asombroso país a través de sus ciudades. Abandonar la capital piemontesa no me resultó sencillo. En Turín descubrí prematuramente algunos secretos del galanteo, y sospecho que el buen Bolemany no dejó de advertirlo, y acaso ello explique nuestra partida anticipada. Pocas semanas antes, de hecho, hubo de sospechar que otras enseñanzas no planeadas me ocupaban en demasía. La hija de mi preceptor de esgrima resultó ser una damisela tan cultivada como avezada en el arte de la seducción. Elegía entre los alumnos de su viudo y adusto padre a aquellos que convenían a su gusto y predilección. Debí de parecerle imponente mi estatura, pues con diecisiete años era un joven espigado, aunque bizarro, que sobresalía sobre los demás muchachos de mi edad. Tras el ejercicio nos ofrecía solícita un jarro de agua para refrescarnos, y sirviéndose de esa costumbre me cameló en una primera ocasión al terminar mi clase, tras rogarme que la acompañara a las cocinas donde refrescaba el líquido elemento. Descendí a las catacumbas de la vieja mansión y tomándome de una mano me deslizó hacia una cámara que debía de hacer las veces de almacén. Allí, entre risas, sin miramiento alguno, me besó en los labios y acercó su cuerpo al mío hasta que desapareció cualquier intersticio. No pasamos de ahí aquel día, pero cabe imaginar cuán denodadamente me esmeraba en mis ejercicios de sable y de espada, procurando transpirar lo más posible para merecer el cántaro de la felicidad, que cada vez fue llenándose de mayores sorpresas. En aquel zaquizamí la hija del maestro de esgrima —no logro recordar su nombre— me reveló placeres insospechados, al tiempo que me introdujo en vocablos latinos que los instructores no me habían participado. *Fellatio* fue uno de los descubrimientos que más celebré, y la muchacha parecía estar especialmente dotada para tal suerte de excitación. Cuando me familiaricé, hube

de aprender que nadie daba luses al precio de libras y pronto reclamó su justa compensación, mostrándome con más pedagogía que la que acreditaban todos mis tutores la forma de hacerla disfrutar con mis caricias. Fue una academia placentera y provechosa, que habría de rendirme buenos frutos en tesis de lo más variadas. Pero las artes manuales y orales se agotaron pronto, y yo me desvelaba ardiendo por que llegara el día en que adquiriera los conocimientos de la esgrima definitiva. Traté de dar el paso varias veces, pero ella se resistía con razones muy justas acerca del riesgo de caer encinta y ser traspasada de lado a lado por el santo varón de su padre. Yo era bien consciente de su tino con la espada y no albergaba duda de que limpiaría su filo en mis entrañas antes de ensartarla a ella como a un faisán en asadero. Pero ello sería después de haberla gozado, me decía. Y una vez entrados en el Paraíso, poco más habrá que temer. Durante un tiempo me consolé por sus negativas ante mis insistencias copulatorias con estimulantes felaciones, al punto que si deseaba lo segundo me bastaba con exigir lo primero. Luego me premiaba recitándome con su voz divina algún soneto de Petrarca. Yo la miraba a los labios, sin prestar atención a los endecasílabos que tan dulcemente susurraba en una lengua que parecía concebida solo para el cortejo. A ello me acostumbré, hasta que accedió inopinadamente a descubrirme el amor completo, alentada por unos versos sugestivos que interrumpió con brusquedad: «*Lasso, che mal accorto fui da prima nel giorno ch'a ferir mi venne Amore...*». Además de satisfacer deseo y curiosidad con un escrutinio más que satisfactorio de los placeres propios del ayuntamiento, aprendí también que las mujeres suelen darnos a los hombres lo que dejamos de pedir, tal vez solo por el placer de que volvamos a rogarlo. Y esta fue una enseñanza nada desdeñable que también agradezco a aquella joven, cuyo nombre no consigo recordar pese a todo, aunque guardé con cariño el ejemplar de los sonetos de Petrarca con que me